

CAPÍTULO 5

Debates metodológicos sobre los estudios de conflicto y movimientos sociales

Algunos ejes teóricos-metodológicos en el estudio del conflicto social

Inés Izaguirre*

Ubicaré contextualmente mi postura metodológica. La recuperación de niveles aceptables de tasas de ganancia y de acumulación en la economía capitalista mundial desde la década del ochenta (Dumenil y Levy, 2000) que en varios países de América Latina fueron precedidos por procesos de fuertes dictaduras militares con el consiguiente retroceso de los movimientos obreros y de izquierda, unido a la simultaneidad de las caídas de varios regímenes socialistas, y a la penetración del capital en nuevos y vastos territorios (Astarita, 2001), configuran lo que podríamos llamar una nueva, y por lo tanto no conocida en todas sus dimensiones, etapa de expansión del capitalismo a nivel mundial.

Si decimos que se trata de una nueva crisis de expansión capitalista no conocida en todas sus dimensiones, habrá que prestar mucha atención a los ejes de su desarrollo, caracterizado por: el predominio del capital financiero especulativo sobre el capital productivo, con una magnitud de concentración de capital históricamente inédita; el desarrollo de formas hegemónicas de dominación despóticas, correlativas del alto grado de concentración y centralización del capital, si bien desde el 11 de septiembre de 2001 ha comenzado a insinuarse una fractura en su interior, que en nuestro país se ha hecho nítida a partir del 20 de diciembre; la intensificación de la explotación de la fuerza de trabajo y crecimiento de la superpoblación relativa a niveles desconocidos hasta ahora, que se ha traducido en el empeoramiento de las condiciones de vida de las masas trabajadoras y explotadas; la intensificación y extensión de las contradicciones del modo de producción, en el cual, en relación a la economía planetaria, los grandes territorios de África y América Latina resultan –en promedio– los más perjudicados; el crecimiento absoluto y relativo de la población mundial, que en las dos décadas que van del '70 al '90, creció un 50 % en términos absolutos, en tanto la población urbana de las regiones menos desarrolladas se duplicó.

Definido así el contexto de nuestra problemática, sabemos que el incremento del conflicto social en el territorio latinoamericano desde mediados de la década del noventa tiene una base objetiva, donde se hacen presentes por primera vez sectores sociales cuya existencia sólo aparecía en las categorizaciones censales.

El primer eje sobre el que entiendo debe situarse cualquier análisis del conflicto social es la revalorización y desarrollo del cuerpo teórico del marxismo, que históricamente ha sido el primero en dar cuenta del movimiento de la sociedad capitalista y el único capaz de construir desde el conflicto un lugar de observación crítico, con el cual producir conocimiento. Esta mirada exige hoy incorporar el conocimiento de los avances teórico-empíricos de otras ciencias que, proviniendo de otros campos del conocimiento, permiten iluminar y desarrollar las enunciaciones generales de la teoría. Esta incorporación de conocimiento es particularmente necesaria en el caso de la teoría de la lucha de clases, que tiene desarrollos importantes incluidos los de Marx¹, Engels, Lenin, y Gramsci, pero permanece todavía demasiado próxima a la materia investigada.

En este punto cabe precisar que cuando hablamos de clases, no hacemos referencia a conjuntos clasificatorios de individuos que pueden agruparse estadísticamente a partir de un conjunto de variables, si bien estos agrupamientos nos pueden dar una aproximación a la estructura de las clases (en sí) en un país y en un momento determinados. Un abordaje metodológico fundado en los principios básicos de la teoría remite a las clases como conjuntos humanos que, ubicados en posiciones distintas en las relaciones de propiedad, luchan entre sí y al interior de sí, entre fracciones, en función de intereses de todo tipo –económicos, políticos, teóricos, culturales en sentido amplio–; se alían entre sí y con fracciones de otras clases, o sea que la confrontación siempre se da entre alianzas que constituyen fuerzas sociales; que esas alianzas producen alineamientos, construyen poder y permiten el proceso de toma de

conciencia acerca de sí mismas y de sus antagonistas. En síntesis, las clases se constituyen permanentemente en sus luchas, en sus confrontaciones, o como diría Marx, se hacen clases para sí. De allí que ese deba ser nuestro observable principal, y de allí también que la teoría se llame de la "lucha de clases", no de las clases, y que los análisis clásicos del marxismo siempre refieran a procesos de lucha. Como se trata de relaciones sociales que nos atraviesan absolutamente a todos, lo sepamos o no, y dado que no estamos habituados a pensarnos en términos de relaciones sociales sino en términos clasificatorios, una de las dificultades que deberemos sortear es aprender a leer las confrontaciones de todo tipo como parte del proceso general de la lucha de clases (Cfr. Marín, 1982: Cap. 2-5).

El estudio del movimiento, la lucha y la confrontación siempre ha sido complejo, porque la influencia positivista en el campo del conocimiento en ciencias sociales se ha expresado muchas veces como el preciosismo de una contabilidad sin sujeto, o sea sin identidad social, y asincrónica –el mero predominio del número de individuos, sin historia– con la ventaja no menor de que evitaba por una parte el criterio de autoridad, que constriñó durante siglos la construcción de conocimiento científico, y rechazaba asimismo la enunciación ensayística de fenómenos cuyo soporte de sentido era alternativamente ideológico o dogmático. Pero al mismo tiempo impedía reconocer el contenido de las luchas, o sea los intereses de los sujetos concretos que confrontaban. Así como hace cinco siglos el poder de la Iglesia se ubicó en un lugar de autoridad indiscutida e indiscutible respecto de las ciencias de la naturaleza no humana, y costó sangre, guerras y siglos de sujeción intelectual y moral revertir ese dominio, la expansión capitalista financiera en años recientes requirió desde mediados de la década del setenta de la derrota, el retroceso o la cooptación objetiva de las izquierdas en el mundo, y en general de las clases subordinadas en la sociedad. Esta situación se ha expresado en el campo político-académico de las ciencias sociales con diversas variantes de maccarthysmo, es decir con la negación, la persecución, la devaluación y hasta el silencio de los que se animaron a disputar aquel poder. En este último caso ha sido la expresión residual de una confrontación mundial que duró cuarenta y cinco años, la llamada guerra fría, en la que el marxismo sintetizaba conceptualmente la figura del enemigo para las burguesías mundiales y transnacionales y constituyó el trazado de las fronteras ideológicas entre el supuesto mundo libre y el resto, y que, en países como Argentina produjo una verdadera guerra contrainsurgente con miles de muertos y desaparecidos².

El segundo eje que considero necesario reivindicar en la misma dirección del anterior, es la historicidad de los procesos sociales, de la que afortunadamente se ha hablado mucho y bien en este Seminario. A fuer de parecer una obviedad, se trata de una dimensión epistemológica del conocimiento de lo social y de la producción y reproducción de lo social, de la que no siempre el investigador tiene plena conciencia. Para quienes analizamos conflictos sociales, la historicidad supone distintos tipos de análisis: desde la consideración de la estructura social objetiva y subjetiva que constituyó a las distintas fracciones sociales y sujetos que luchan hoy, y que pueden tener una inserción similar en el proceso productivo, incluso como población sobrante, y no obstante tener comportamientos divergentes de difícil explicación, salvo que se tenga en cuenta que se constituyeron en procesos distintos, en confrontaciones distintas. Por la otra, la consideración de esas subjetividades diferentes que, según haya sido aquel proceso social, estarán en distintos estadios de constitución de su autonomía.

En este terreno se asienta el problema teórico-metodológico de la periodización de los conflictos sociales, que constituye en sí mismo una de las dimensiones explicativas del cambio social. En síntesis, tratar de entender el momento social que atravesamos, implica conocer su génesis.

El tercer eje que, teniendo en cuenta los anteriores, es esencial al análisis de la conflictividad social mirado desde la perspectiva de las fracciones subordinadas, remite a su relación con el orden social dominante.

En una primera matriz de doble entrada, encabezada por el tipo de fracciones en lucha, deberíamos distinguir entre las luchas contra el despotismo de un régimen dominante o hegemónico, que limita, excluye, reprime, y en las que cada fracción busca en forma permanente crear las condiciones de igualdad en la toma de decisiones para todos y cada uno y que denominaremos luchas democráticas; y las luchas que buscan cambiar el orden

social que produce y reproduce la desigualdad y las diferencias o sea cambiar las condiciones por las que una parte de la especie humana somete y expropia a la otra, a las que llamaremos luchas anticapitalistas, revolucionarias o socialistas.

La complejización de esta matriz puede ser muy alta. Primero, cuando se combinan estos dos tipos de lucha con los tres ámbitos clásicos de las luchas de clases: económico, político y teórico-cultural-ideológico. Segundo, cuando hay divergencia entre las acciones de las fracciones o movimientos que llevan adelante por ejemplo un tipo de lucha democrática y la conciencia de esos mismos grupos sobre sus acciones, que creen por ejemplo, estar haciendo la revolución. Esta contradicción entre las acciones objetivas y la subjetividad de quienes las llevan adelante produce confrontaciones que a veces son difíciles de explicar. Tercero, la situación inversa, cuando las fracciones que luchan, no son necesariamente las más subordinadas, e incluso pueden ser objetivamente revolucionarias pero tienen una conciencia parcial o deformada del resultado de sus acciones, y sus metas sólo emergen en el análisis de la trayectoria de sus alineamientos.

Tenemos así una matriz de doce casilleros o posibilidades de tipos y ámbitos de las luchas de las diversas fracciones subordinadas, en su dimensión objetiva y subjetiva, en el proceso de constitución de su autonomía, cada una de las cuales merece un abordaje específico, pero teniendo en cuenta que un mismo proceso de lucha tiene necesariamente valores en cada uno de los casilleros, y que en cada caso habrá que encontrar los observables e indicadores³.

Cuadro 1

Matriz de tipos de luchas de las fracciones subordinadas y su relación con el orden social dominante

Tipos de Luchas	Luchas democráticas por la igualdad en la toma de decisiones		Luchas socialistas por el cambio del orden social que reproduce la desigualdad	
	Acciones objetivas	Representaciones subjetivas	Acciones objetivas	Representaciones subjetivas
Lucha económica	1	2	3	4
Lucha política	5	6	7	8
Lucha teórica, cultural, ideológica	9	10	11	12

Fuente: elaboración propia.

Es importante advertir que para tener conciencia de la lucha por la igualdad es necesario que los hombres hayan incorporado las estructuras lógicas, epistemológicas y afectivas que hacen posible percibir a los otros como iguales. Este es el nivel en que se hacen visibles y posibles las relaciones de cooperación, en el marxismo y también en la epistemología genética. En este estadio sociogenético comienza a ser posible concebir y objetivar las luchas como luchas de clases, y, a nivel del individuo, o sea en la psicogénesis, es posible el proceso de construcción del juicio moral. No de una moral heterónoma, de subordinación a la autoridad o de infantilización, sino de autonomía. (Marín, 1995) Es un estadio de descentramiento. El juicio moral sólo es posible entre iguales, nos muestra Piaget (1984), y es el mismo estadio en que

se hace posible el pensamiento crítico, que nace siempre de la discusión entre iguales. En ambos casos es central la existencia de reglas: “la lógica es la moral de la inteligencia. La moral es la lógica de la acción”. Claro que, recordemos, el pensamiento siempre está retrasado respecto de la acción. Se puede ser autónomo en la práctica, en las acciones, y heterónimo todavía en la conciencia de ellas.

Siempre hay un desfase entre lo que se ha aprendido en la acción y la conciencia de ese aprendizaje. Hay cosas, situaciones, conductas propias y de los otros, que se han aprendido en la experiencia, pero a las que les falta la etapa reflexiva, que las transforma en conocimiento⁴. Un cuarto eje teórico-metodológico refiere a la necesidad de incorporar en el análisis del conflicto social en un territorio dado, el modelo de la guerra entre fuerzas sociales, o sea entre alianzas sociales en pugna, que está en la base de la teoría de la lucha de clases. Esto es independiente de que las confrontaciones se produzcan con armas materiales o morales. Aclaro en este punto que las confrontaciones sociales nunca se dan entre sujetos “desarmados”.

Estoy hablando de un modelo epistemológico donde la confrontación es la condición necesaria para el aprendizaje de sí mismo y del otro, no sólo del enemigo sino también de los aliados, los pares, los iguales, o sea para la toma de conciencia. Como había anticipado la teoría de Marx, y como ha verificado la epistemología genética en las últimas décadas del siglo XX, ese aprendizaje que confronta las ideas con la práctica, la teoría con la acción, se transforma en conciencia o sea en conocimiento, cuando se produce la reflexión posterior a las acciones. Esta localización teórica no es ingenua, ni dogmática.

Cuando hace tan sólo ocho años planteé en una reunión académica que el proceso de aniquilamiento habido en Argentina formaba parte de una guerra (Izaguire, 1995) no local ni nacional, sino de clases, una guerra civil contra una gran parte de la sociedad movilizaba que luchaba por cambiar el orden social, confronté prácticamente con la mayor parte del público: unos porque afirmaban que lo que había ocurrido en Argentina era un genocidio que de un lado tenía a los monstruos de las FFAA y del otro simples ciudadanos aterrados, o que lo que había habido era una cacería y no una guerra; otros porque decían que lo que había habido era una guerra pero no civil, ni de clases, sino de aparatos armados –teoría de los dos demonios– y finalmente, muchos miembros de los organismos de derechos humanos decían que la teoría de la guerra estaba sustentada por los militares, y ellos, por razones políticas, no podían hacer lo mismo. Único argumento práctico, no teórico, que pude aceptar, aunque no estábamos hablando del mismo tipo de confrontación.

Hoy, afortunadamente, muchos han aceptado la pertinencia del concepto. Se trata también de un desarrollo en nuestros propios aprendizajes. Aquí debo señalar que la negación del tema de la guerra es un obstáculo ideológico, no epistemológico –Piaget lo llamará ideas tenaces (1984)– del cual son responsables las burguesías del mundo. Como dice Juan Carlos Marín, la burguesía niega y anatematiza la guerra, pero la hace. La guerra, devaluada ideológicamente y en la realidad, resulta algo malo para el sentido común dominante, por eso el poder se empeña en aparecer como que siempre lleva adelante la paz.

La imagen de la guerra negada está llena de representaciones que no tienen nada que ver con las guerras que conocemos. En general son representaciones muy antiguas de las guerras napoleónicas, combates a campo abierto con ejército de ambos lados. La censura no sólo llega al concepto de guerra. También alcanza a los que han reflexionado sobre ella: si uno menciona a Clausewitz, el máximo teórico burgués de la guerra, es mal mirado. Una vez que uno se despoja de esos prejuicios descubre la enorme utilidad del concepto de guerra en el análisis del conflicto social y de la lucha de clases. Descubre cuánto le aporta en la medición de esos fenómenos –quien inicia el conflicto, contra quien lo hace, con qué instrumentos, con cuántos cuerpos, qué cuerpos son, qué aliados gana o pierde, qué metas explícita, bajo qué consignas, en cuánto tiempo, en qué lugar, y finalmente qué resultados objetivos logra y con qué discurso los evalúan sus conductores. Descubrimos también cómo nos permite primero construir los datos, luego ordenarlos, periodizarlos y finalmente dibujar su trayectoria, es decir, descubrir la estrategia de los contendientes.

Esta confrontación, que es parte de la lucha de clases, no es la guerra de que nos hablaba la

burguesía. La guerra como actividad que precede y/o sigue a la política era un asunto entre iguales (Clausewitz, 1983, Foucault, 1992). En cambio, el enemigo de clase para la burguesía no es un igual. Es un otro in-humanizado, cosificado. Tengo la impresión de que a partir del 11 de septiembre de 2001 esta relación social entre desiguales se ha universalizado y naturalizado en el discurso del poder.

No sólo ha sido silenciado el discurso de la democracia, incluso de la “democracia de mercado”, sino que cada día se usan menos eufemismos para encubrir el ejercicio del poder despótico: su precariedad conceptual es tal que casi corresponde a un estadio primitivo de pensamiento mágico, con el Bien absoluto del lado del imperio y el Mal absoluto del lado del polivalente enemigo terrorista, llámese narcotráfico, armamento, petróleo, movimientos antiglobalización o gobiernos con propósitos de autonomía. En síntesis el neoliberalismo de guerra (como lo llama González Casanova, 2002) está dejando cada vez menos espacio real para la política y casi ninguno para la democracia. Es cierto que George W. Bush tiene dificultades para convencer al mundo y a sus propios ciudadanos de su mensaje militarista totalitario. Como dijimos antes, la guerra tiene mala prensa. Y los mismos procesos tecnológicos que facilitaron la gran concentración financiera permiten un rápido aprendizaje por parte de los “otros” acerca del carácter del poder opresor.

Todo indica que el capitalismo ha iniciado su crisis global, pero eso no significa que vaya a estallar ni que desaparezca rápidamente, como prefiguran algunas imágenes del campo de la izquierda, construidas más desde el deseo que desde la razón. Nosotros no podemos darnos el lujo de retroceder en el conocimiento al estadio del pensamiento mágico. Más bien debemos prepararnos para una larga lucha, cuyo resultado no está garantizado.

Para terminar diría que hay un quinto eje metodológico que debemos tener en cuenta cuando hablamos del conflicto social en nuestros países, y es la escala de los fenómenos de que estamos hablando: a cuántos afecta, en relación a qué totalidad, con qué densidad, en qué tiempos. Las leyes sociales no funcionan de la misma manera en situaciones de escala muy diversa. En estos tres días de seminario, en que hemos recorrido las luchas recientes en nuestros países, hemos comparado a veces situaciones en poblaciones que llegan escasamente a los 3 millones de habitantes, con otras que exceden veinte, cuarenta o sesenta veces esa cifra, o bien refieren a espacios y densidades muy diferentes. Las poblaciones, los tiempos y los espacios son magnitudes del orden de lo social que deben ser tenidas en cuenta. La cualidad de lo social en la realidad y en nuestra percepción, cambia por ejemplo con la posibilidad de visibilizar un mismo hecho muchas veces a lo largo de un mismo día o en un mismo espacio. Hace ya cinco siglos que el capitalismo comenzó a crear esas condiciones de observabilidad de ciertos fenómenos, y sigue haciéndolo. Nuestros instrumentos cognoscitivos son las estructuras lógico matemáticas presentes en cada sujeto, que nos permiten realizar operaciones con los observables de la realidad, mediadas por la acción, o práctica (Piaget y García, 1984), y que son reforzadas por la afectividad con que fueron incorporadas. Lo que restringe esa posibilidad de conocimiento para las fracciones subordinadas es el poder. De allí que la lucha contra la ignorancia en sus diversas formas —el silencio, el secreto, la banalidad y el fetichismo— forme parte de la lucha democrática por el conocimiento para todos, que sólo es posible en una relación de igualdad y autonomía.

Esa articulación entre las condiciones de la realidad y las estructuras del sujeto están en la base del descubrimiento de la ley del valor. El valor existe en la producción pero se objetiva y se realiza en el cambio: es una relación de fuerzas: fuerza de trabajo vivo/ fuerza de trabajo muerto (Marx, 1998). Y esa objetivación depende del número de veces que se produce y reproduce la relación de cambio entre equivalentes, que al ser mucho más frecuente, hace posible descubrir el cambio entre no equivalentes, cuya ocurrencia es mucho menos visible. Pero el valor existe también en la confrontación, que es una operación lógica —y una práctica— donde medimos (el valor de) nuestras fuerzas. El estudio del conflicto social nos ofrece una buena oportunidad para avanzar en este conocimiento.

BIBLIOGRAFÍA

Astarita, Rolando 2001 "Un análisis crítico sobre la tesis de las ondas largas", en Cuadernos del Sur (Buenos Aires) N° 32, Noviembre.

Clausewitz, Karl von 1983 De la guerra (Buenos Aires: Solar) Cap. I y II.

Coronil, Fernando 2000 "Naturaleza del poscolonialismo: del eurocentrismo al globocentrismo", en Lander, Edgardo (compilador) La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas (Buenos Aires: CLACSO/UNESCO) 87-111.

Dumenil, Gerard y Dominique Levy 2000 "El capitalismo contemporáneo, el neoliberalismo", en Kohen et al. Marx 2000. Claves de la Teoría Crítica (Buenos Aires) 43-60.

Foucault, Michel 1992 Genealogía del racismo (Buenos Aires-Montevideo: Altamira-Nordan).

González Casanova, Pablo 2002 "Neoliberalismo de guerra y pensamiento crítico", en La Jornada (México DF) 23 de septiembre

Izaguirre, Inés 1995 Pensar la guerra: Obstáculos para la reflexión sobre los enfrentamientos en la Argentina de los '70 (Rosario: FHyA-UNR).

Marín, Juan Carlos 1995 Conversaciones sobre el poder (Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani) Cap. 1 y 4.

Marín, Juan Carlos 1982 La noción de polaridad en los procesos de formación y realización de poder (Buenos Aires: Cuadernos de CICSO) N° 8, Serie Teoría.

Marx, Karl 1998 (1867) El Capital (México: Ed. Siglo XXI) Tomo I, Cap. 1 a 4.

Piaget, Jean 1984 El criterio moral en el niño (Barcelona: Ed. Martínez Roca) Cap. III.

Piaget, Jean y Rolando García 1984 Psicogénesis e historia de la ciencia (México: Siglo XXI) Prefacio, Introducción y Cap. IX y X.

NOTAS

* Socióloga, Docente e Investigadora del Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires/CONICET.

1 Personalmente creo que el rigor y la claridad del análisis del 18 Brumario no ha sido superado, más aún si se piensa que se trata de un proceso que se estaba analizando al mismo tiempo que se desarrollaba. Se trata de un análisis empírico riguroso, aunque todavía permanece muy próximo a la realidad investigada.

2 Mirando desde Chiapas, como señala el Subcomandante Marcos, para el Tercer Mundo la guerra fría no fue sólo una estrategia política que culmina en 1989 con la caída de la URSS, sino una guerra caliente, librada en sus territorios y que él denomina III Guerra mundial, distribuida en 149 guerras localizadas que produjeron 23 millones de muertos (Coronil, 2000: 95).

3 Esta distinción entre ambos tipos de lucha es sumamente útil para el análisis de los llamados movimientos sociales: éstos siempre se mueven en el terreno de las luchas democráticas.

4 Desde el punto de vista del poder, en cambio, la flexibilidad de las fracciones dominantes o hegemónicas para absorber o responder a estos avances de autonomía de las fracciones subordinadas con el mínimo costo político y social suele denominarse gobernabilidad.

5 Día del ataque a las Torres Gemelas de Nueva York.